



LITERARIAMENTE INCORRECTO

El maestro del derrumbe

Daniel Guebel intenta lo que nadie: destruir su propia obra. Autor prolífico y capaz de los mayores virtuosismos narrativos, no pierde ni estilo ni las mañas en su arriesgada apuesta.

POR EZEQUIEL DELLUTRI



0



Me gusta 1



Enviar



Twitter 1



FOTO: BUENOSAIRESHERALD.COM

En los viejos barcos a vela, se denominaba carajo a la estación de vigilancia situada sobre el palo mayor. Punto máximo de lejanía con respecto a la línea de flotación, estaba destinado a aprendices o rebeldes. Por extensión, hoy decimos que enviar a alguien al carajo es confinarlo al lugar de la deshonra. Ir al carajo es llevar una situación a un sitio inesperado o inapropiado.

He leído obras caóticas como las de Osvaldo Lamborghini, delirantes como la de Alberto Laiseca, eruditas como la de Jorge Luis Borges, extravagantes como la de Juan Filloy, pero ninguna tan autodestructiva como la de Daniel Guebel. Una producción que siempre se va al carajo; es decir: al lugar de lo inapropiado, al lugar de lo inesperado.

Porque, claro: están los escritores que asientan su fama en un solo libro; están los que construyen su estilo a partir de la acumulación de sus textos; y está Guebel, el único autor en la historia de la literatura que decidió construir su obra derrumbándola en cada entrega. Tal vez por eso, merezca el título del más posmoderno de los literatos argentinos.

Multifacético por naturaleza, puede encarar relatos de dialéctica borgeana, como en *Los padres de Sherezade*; puede adentrarse en la imaginería y el pensamiento oriental como en *La perla del emperador*, puede teorizar sobre la dinámica del poder como en *Adiós, mein führer*, puede explorar las aristas del mundo burgués como en *Ella*; puede proponer una desoladora reflexión sobre la paternidad como en *Derrumbe* y hasta especular con los alcances filosóficos y culturales del mito peronista, como en *Los elementales*, pero siempre hay un momento palpable en que decide olvidarse de lo literariamente correcto y hacer que cada publicación sea un empezar de cero. Seguir sus derroteros no es someterse al zambullón de un libro nuevo cada vez, sino a leer a un escritor nuevo cada vez, con estéticas en ocasiones contrapuestas e históricamente irreconciliables. Lo suyo es el desmoronamiento: los ladrillos de sus relatos nunca calzan entre sí. Sus seguidores esperamos la evangélica piedra angular que nos permita darle cohesión a su obra, pero es en vano, porque se trata de uno de esos escritores sádicos que disfrutaban con el sufrimiento de sus lectores.

Por si fuera poco, el autor de *La carne de Evita* lleva su propuesta mucho más allá. No solo dinamita su propia obra, sino que además hace que algunos de sus textos se fagociten a sí mismos. Así, en muchas de sus novelas quiebra el pacto narrativo, destroza la estructura y lleva la verosimilitud al límite. El lector no comprende por qué la historia, que venía tan bien, desbarrancó de una forma tan absurda. Lo que sucede es que el relato nos puso contra las cuerdas sin que siquiera nos diésemos cuenta.

Posmoderno por acumulación, este genial escritor no evoluciona, sino que se canibaliza. Leer uno de sus libros es abrir la puerta a un universo singular, pero avanzar en el conocimiento de su obra es animarse a entretener a un autor que se multiplica en decenas de voces, siempre con una pericia narrativa de increíble certeza. Porque en el barco de Guebel, el mejor lugar siempre es el carajo.

DEJANOS TU COMENTARIO



Añade un comentario...

Publicar en Facebook

Publicar como Gaby Lu (Cambiar)